

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

17/2014

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Cannadine, David, *The undivided past. History beyond our differences*,
London, Allan Lane, 2013
(Francisco Javier Caspistegui)
pp. 181-186



Universidad
de Navarra

RECENSIONES

Cannadine, David, *The undivided past. History beyond our differences*, London, Allan Lane, 2013. 340 pp. ISBN: 9781846141324. 13,56\$ (Paperback).

Introduction. *One.* Religion. *Two.* Nation. *Three.* Class. *Four.* Gender. *Five.* Race. *Six.* Civilization. Conclusion. Acknowledgments. Notes. Index.

El carácter de este libro es un tanto híbrido. Tiene elementos de un diccionario de conceptos al modo del *Geschichtliche Grundbegriffe* por su análisis en profundidad de seis ideas (religión, nación, clase, género, raza y civilización) a lo largo del tiempo, pero con especial insistencia en la contemporaneidad y a las que dedica entre 38 y 44 páginas con amplio despliegue bibliográfico. Comparte con los análisis más historiográficos la exposición de las posturas que los historiadores han manifestado sobre cada uno de los problemas afrontados. Puede incluirse entre los límites de una historia intelectual o de las ideas, pues aborda las cuestiones a partir de una cierta mirada sobre la elaboración y difusión de las ideas. Es también una historia de las identidades colectivas, pues el argumento que justifica su presencia en estas páginas es precisamente su uso identitario. Pero tal vez quepa mejor definirlo como un híbrido de todo ello, porque sin serlo de forma particular, recoge elementos que utiliza para configurar una tesis de fondo: que los conceptos analizados han sido objeto de un uso abusivo como instrumentos de confrontación, y como tales los ha recogido el mundo intelectual. Y, sin embargo, como termina concluyendo: «the history of humankind is at least as much about cooperation as it is about conflict, and about kindness to strangers as about the obsession with otherness and alterity. To write about the past no less than to live in the present, we need to see beyond our differences, our sectional interests, our identity politics, and our parochial concerns to embrace and to celebrate the common humanity that has always bound us together, that still binds us together today, and that will continue to bind us together in the future» (p. 264). En línea con lo que ya señalara Amin Maalouf respecto a la identidad nacional, la realidad rehúye monismos identitarios o intentos de monopolizar en una sola causa la definición de grupos e individuos. Las identidades son complejas y múltiples. Aunque eso no significa que, como historiadores, no debamos examinar el uso que de esos argumentos identitarios se haya hecho en el tiempo, aunque solo sea para criticar su uso. Este es, básicamente, el objetivo de este libro.

Se plantea en él tratar las formas más llamativas de solidaridad humana a lo largo del tiempo, y lo hace a través del examen de las seis formas de identidad señaladas. Cada una de estas solidaridades colectivas crea simultáneamente un antagonismo inmediato o potencial en los grupos que excluye. Por ello, «the best way to understand past worlds, as well as present circumstances and our future prospects, is in the workings and outcomes of latent or actual conflicts between antagonistic identities» (p. 4). Destaca en cualquier caso lo bien que funciona el

RECENSIONES

enfrentamiento del nosotros contra ellos en identidades y categorías difícilmente comparables, por ejemplo la afiliación religiosa y las fidelidades nacionales. Solo recientemente se ha visto ampliada por la conciencia de clase, el género y la solidaridad racial. Desde el 11.09.2001 por la más amplia y capciosa identidad de la civilización, ya invocada por Gibbon o Toynbee y resucitada por Huntington. Pero el hecho es que cada una de esas solidaridades está constituida alrededor de un elemento de interés y conciencia específico.

Por muy diversas que sean, estas identidades colectivas se han definido y reforzado a través de la confrontación, la lucha y el conflicto y el resultado de ello ha sido la reiteración de una visión maniquea del mundo, dividido en grupos en conflicto, con el bien monolítico de un lado y el no menos monolítico mal del otro. Y a ello han colaborado también los historiadores, por una creciente insistencia académica en la importancia de reconocer la diferencia entre diversos colectivos y los antagonismos basados en ella. Pero esto conduce a un pasado como se quiere que sea, simplificado en una lucha entre buenos y malos, ellos y nosotros. Pese a esta mirada dual y excluyente, mantiene una visión optimista a lo largo de todo el libro, pues la humanidad sigue ahí, y por ello tal vez haya que adoptar una visión más amplia y ecuménica de las identidades humanas y las relaciones entre ellas, una visión que no solo acepte la diferencia y el conflicto basados en identidades sectoriales enfrentadas, sino que reconozca afinidades y distinga conversaciones a través de esas presuntas fronteras impermeables de la identidad. Constata que esta actitud escéptica ante la afirmación de las esencias ha surgido de académicos de intereses más filosóficos que históricos, más próximos al presente o al pasado más cercano que a épocas distantes. Para tratar de ampliar el rango de quienes se suman a la mirada de recelo hacia las identidades excluyentes este libro busca plantear estos temas desde una perspectiva histórica amplia, examinando los llamamientos exagerados hacia los seis términos analizados, investigando las conversaciones e interacciones que han sobrepasado los límites de estas presuntas identidades impermeables. Como el mismo autor reconoce, cada uno de los temas daría para amplísimos tratados, pero asume que la suya es la perspectiva de los usos identitarios dicotómicos, principalmente para rechazarlos, con una opción ética que busca resaltar la complejidad y pluralidad más que la simplicidad binaria con que tan habitualmente estos seis conceptos se han utilizado.

Las seis formas de identidad se han construido a partir de un esquema de comprensión basado en la dualidad verdad-error. Y, sin embargo, las pruebas de cercanía, colaboración y tolerancia han abundado, mostrando la complejidad como un elemento mucho más característico del comportamiento humano que la simplificación entre opuestos. Al hablar de la religión comienza por Gibbon y la dualidad paganos-cristianos, y sigue con la con la islámica-cristiana o la protestante-católica. Esas imágenes de un enfrentamiento radical, completo, no ocultan sin embargo la existencia de matices o el hecho de que esos choques no repre-

RECENSIONES

sentaban la totalidad de la relación entre las religiones, ni siquiera la mayor parte de ella. Advierte contra la posible tentación de ignorar los enfrentamientos, pero también de que fijarse solo en ellos proporciona un relato incompleto e incoherente, y propone tener en cuenta contactos, convivencia amigable y constructiva, fusión y transferencias.

Pero si la identidad religiosa predominó al menos hasta la paz de Westfalia, la nacional le fue tomando la delantera a partir de entonces, cuando las identidades humanas colectivas, aunque múltiples, se fueron convirtiendo en algo primordialmente nacional. La nación como unidad de lealtad colectiva se superpuso a todas las demás formas de identidad y solidaridad humana, como regional, lingüística, étnica, de clase o religiosa. Era la nacionalización de las masas a la que tanto contribuyó un relato historiográfico que jugó un papel determinante para la demonización del contrario como instrumento para galvanizar la auto-identidad. De alguna manera, la identidad nacional no se definiría solo en términos de las virtudes especiales de una nación, sino también relacionamente, en oposición a las características negativas y a los estereotipos atribuidos al otro, al que se debía enfrentar, luchar y vencer. Sin embargo, como en otras formas de identidad, la unanimidad no existía en ningún caso, máxime teniendo en cuenta que también en el siglo XIX asistimos a las primeras fases de la globalización.

Pese a que tras la segunda guerra mundial, se mostró de algún modo «[t]he inadequacy of the nation as a redemptive form of human solidarity» (p. 81), el modelo nacional se ha mantenido como estructura básica de relación, en el proceso descolonizador de los sesenta y tras la caída de la URSS, aun constatando que buena parte de estas nuevas naciones siguieron siendo multiétnicas, multiconfesionales, etc.

De hecho, otras identidades buscaron competir y alzarse con el predominio, y la identidad de clase desde Marx y Engels se planteó como la clave para entender todo lo significativo del pasado, del presente y del futuro. Lo que buscaban era una formación social subjetiva y cuándo habían asumido su personalidad. La respuesta estaría en el enfrentamiento constante entre ellas, fuerzas activas, agentes históricos con una identidad compartida que culminaría con la revolución, cuando la clase dirigente fuese vencida y expulsada y el equilibrio de poder girase hacia los vencedores. Critica Cannadine este esquema, sus debilidades y carencias, que de alguna manera explicarían la escasa difusión inicial o su subordinación al componente nacional durante la I Guerra mundial. El propio marxismo fue entendido desde acepciones e interpretaciones diversas y el colapso del comunismo desde 1989 no contribuyó a la consolidación del concepto de clase como eje de identidad. Pese a ello, resalta la importancia interpretativa de este concepto, especialmente en el examen del pasado aun a riesgo de dejar de lado otras definiciones identitarias, como el género.

En este caso señala Cannadine que pese a la universalidad de la diferenciación por género, paradójicamente se ha mostrado como la identificación co-

RECENSIONES

lectiva y de movilización menos cohesiva y potente, sometida a estructuras de pensamiento de considerable duración y fuerza que insistían en la existencia de diferencias esenciales que, partiendo de la fisiológica, se complementan con la cultural y la construcción social. Este esquema, sin embargo, es relativamente reciente y su formulación vino acompañada de las primeras reacciones contrarias a él. Pese a todo, se creó un conjunto cosmopolita de mujeres cuyas lealtades sexuales trascendían sus identidades nacionales. Una consecuencia y causa en parte de todo ello ha sido el mayor interés por el estudio de la historia de la mujer y el género. Pese a estos éxitos, la segunda ola del feminismo también destacó por sus divisiones, o por el limitado alcance de sus puntos de vista, que no conocían la situación de muchas mujeres que no integraban los grupos feministas o se identificaban con las autoras de los libros más difundidos. La misma militancia en organizaciones era muy limitada y a ello hay que añadir las reivindicaciones homosexuales.

Tampoco alcanzó éxito identitario el concepto de raza, pese a que desde mediados del siglo XIX hubo una significativa difusión de las propuestas que la situaban como el elemento primordial en la percepción de los seres humanos. A la vez que se planteaba como eje identitario surgieron las voces críticas, tanto desde la religión como desde la ciencia. Frente a la monogénesis cristiana, la tesis de la poligénesis se extendió. Lo que para los primeros eran variaciones, para los segundos eran diferencias absolutas y valorativas. Pronto se asoció raza con nación, y de ahí a considerar la existencia de razas puras, fuertes y débiles, progresivas o degeneradas, había un paso, que dieron autores como Gobineau. Antes de la I Guerra mundial la raza se convirtió en un argumento identitario más poderoso que religión, nación, género o clase y en algunos lugares superó las barreras nacionales. Pese a todo ello, en ningún caso hubo naciones racialmente puras, ni posibilidades de lograr contactos internacionales desde una perspectiva racial homogénea. De hecho, la II Guerra mundial contribuyó al rechazo del racismo, aunque esto no significó la desaparición de una mirada racialista o, cuando menos, de prejuicios muy arraigados.

A fines del siglo XVIII civilización era un término ampliamente en uso en Inglaterra, sobre todo en círculos educados, tanto como una descripción del más alto estado al que una sociedad debía aspirar como de una identidad colectiva opuesta al barbarismo. Era un término ya corriente en Francia y, en ambos casos, servía «to indicate the highest stage of collective human identity, development, and achievement, not only in politics but also in culture and society» (p. 220). En el mundo germánico, en cambio, era un término secundario en las mismas fechas, referido a las apariencias externas y las superficialidades, subordinado a un concepto de más peso como *Kultur*. La antítesis civilización-barbarie era históricamente asimétrica, pues si bien civilización es un concepto reciente, barbarie es mucho más antiguo, de época griega. Este sentido se fue extendiendo posteriormente por la Edad Media para referirse a los 'otros' (vikings, magia-

RECENSIONES

res, eslavos, árabes, sarracenos, tártaros y turcos). Frente a ello, y hasta el siglo XVIII no había un término opuesto, sino una secuencia de sociedades y culturas bien definidas. Bárbaro era una identidad, y generalmente una inferioridad, adscrita a sucesivos 'otros' por quienes se veían superiores y no sentían necesidad de definirse colectivamente, sino solo de describirse y diferenciarse de los 'otros'. Pero durante la segunda mitad del XVIII esas identidades asimétricas se transformaron en una antítesis más global entre barbarismo y civilización.

En torno a la I Guerra Mundial las categorías relacionadas con civilización se multiplicaron, aunque siempre en torno a la misma dicotomía, aunque se percibiera la existencia de una multiplicidad de ellas, como puso de manifiesto, por ejemplo, la arqueología. Incluso tras la segunda guerra se extendió la idea de que la barbarie no era patrimonio de otros pueblos de lugares lejanos, sino que se podía encontrar dentro de los mismos individuos y sociedades. La pregunta de qué era una civilización y su papel la trataron de responder Spengler o Toynbee, el primero rechazando la idea de civilización, el segundo fundamentando su examen del pasado en ella. Sin embargo, fue tras la caída del muro de Berlín cuando el concepto de civilización fue recuperado con fuerza y en sentido antagónico, con la idea del choque entre ellas que difundió Samuel P. Huntington. Al interpretar el mundo posterior a la guerra fría adoptaba como unidad identitaria de interpretación la de civilización. Señalaba que las civilizaciones había que entenderlas en términos de cultura, y sobre todo en términos religiosos. Aunque reconocía la posibilidad de coexistencia pacífica entre ellas, consideraba que las diferencias se convertirían en las líneas de lucha del futuro, una amenaza para la paz mundial en la que estos choques solo mostrarían el conflicto entre civilización y barbarie. Estas propuestas desataron una amplia controversia y salieron a relucir sus contradicciones y errores, como la difícil uniformidad de sus componentes o la ausencia de referencia a las interacciones, los solapamientos e interconexiones entre civilizaciones.

Concluye Cannadine que pese a sus diferencias, las identidades colectivas recogidas comparten significativas características (pp. 258-9):

1. Cada una es invocada y utilizada para promover intereses particulares.
2. Muchos líderes y escritores han considerado que una de esas seis solidaridades es más homogénea y más importante que cualquier otra forma humana de agregación.
3. Estas identidades se presentan de forma tan innata, intrínseca, «confrontacional» que el mundo puede entenderse en términos maniqueos.
4. Estas solidaridades se apoyan en memorias afirmativas, relatos de refuerzo y estructuras históricas que rechazan cualquier sentido de humanidad común.

Tal vez por ello se plantea que deban ser tratadas con mayor escepticismo, pues raramente son tan homogéneas, monolíticas o englobadoras, o tan naturalmente beligerantes y tan atrincheradas como afirman sus apologistas. Las

RECENSIONES

pretendidas homogeneidades y unanimidades, al someterse a examen, estallan en multitud de fragmentos y excepciones. Por ello, esas identidades pertenecen a esas ficciones que están inseparablemente unidas a los procesos políticos. Una conclusión de todo ello es que «no exclusive and hegemonic assertion made on behalf of any of these six aggregations is ever true. Both individually and collectively, we are all creatures of multiple rather than single identities, we inhabit many different and diverse groupings at the same time, and they vary in their significance, and in their claims on our attention, depending on particular contexts and specific circumstances» (p. 260). Cualquier dualismo maniqueo fracasa al no reconocer la complejidad, interconexiones, contingencia, etc. de la realidad de las relaciones humanas. El que se haya insistido tanto en la confrontación y la diferencia —con muy especial presencia de los historiadores— no solo perjudica la causa del conocimiento, sino que hace parcial la naturaleza de la condición humana, y se confunde sobre los caminos a través de los cuales esa condición ha mejorado y aun puede mejorar.

Por eso el historiador no debe llevar a cabo su actividad sobre la exclusión, sino sobre la más compleja multiplicidad de identidades, individuales y colectivas, separadas y unidas, que nos animan a todos y cada de nosotros de forma única y cambiante. Una historia que se centre en el enfrentamiento nos niega la herencia de lo que siempre hemos compartido, la capacidad de vivir juntos en sociedades suficientemente armónicas y ordenadas sin necesidad de separar constantemente. Una propuesta que pese a su interés, no dejará de ser puesta en práctica con dificultad en tiempos de recuperación de identidades excluyentes como los nuestros.

Sir David Nicholas Cannadine (1950), es historiador y habitual en los medios de comunicación británicos. Ha sido profesor en Cambridge, en Londres, donde fue director del *Institute of Historical Research* y, en la actualidad, en Princeton. Acaba de ser nombrado, además, editor del *Oxford Dictionary of National Biography*. Entre su numerosa producción, y además de los libros editados, cabe señalar: *Lords and Landlords; the aristocracy and the towns, 1774–1967* (1980); *The Pleasures of the Past* (1989); *The Decline and Fall of the British Aristocracy* (1990); *G.M. Trevelyan: A Life in History* (1992); *Aspects of Aristocracy: Grandeur and Decline in Modern Britain* (1994); *The Rise and Fall of Class in Britain* (1998); *History in Our Time* (1998); *Ornamentalism: How the British Saw Their Empire* (2001); *In Churchill's Shadow: Confronting the Past in Modern Britain* (2002); *Mellon: An American Life* (2006).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra